

desde la literatura

La vida boca arriba

Joaquín Hurtado

Morirse viendo cómo te caes a pedazos ofende a los demás pero aguza los sentidos y purifica el alma. Te santifica como chapuzón en un río de aguas cristalinas, luminosas. Los colmillos de Dios se clavan lujuriosos en las últimas astillas de tus huesos de pajarito. Cuánta belleza en este morir lento, calendarizado, sofisticado y mamón. Si uno quiere hace del sida una agonía muy *nais*. Morirse de esto, de esta palabra que no volveré a mencionar, de este concepto que aturde y vuelve torva la mirada de quien la escucha es algo que a nadie deseo pero de tanto morirme ya no puedo vivir sin ello. Es más, a mí me sigue causando cierta sensación de hastío, de aburrimiento decirle a los otros, sí, efectivamente estoy así de seco porque tengo "eso", qué flojera tener que abrirles la conciencia para que convivan con la de situaciones, ideas, gestos y demás parafernalia que requiere uno para enfrentar esta chingadera. Leo la vida, la vida no me puede leer a mí. Ahora me dicen la Perrita por perra y chiquita, dejo a cuenta de ustedes lo que traen detrás estos apelativos. Es que uno lo que siempre necesita es ser original, ser el ápice de las referencias, el modelo único, la fuente de las copias al carbón de los sufrientes de este fin de milenio. A lo mejor no están de acuerdo conmigo pero la humanidad, en plena orillita del veintiuno, necesitaba una peste de esta magnitud. ¡Mira que cagarse en el palo del amor! Porque por amor uno se enferma de esto. Fíjate que fulanita ya anda muy mala, pero claro, si bien que cogía porfiadamente con zutanito que para nada clausaraba tamaño corazón de bodega. ¡Pobres de las amorosas! No me vengan por favor con la mamada de que el sexo seguro hace la diferencia entre los apestados y los limpios. Cuando uno se emperra por un garrote manda a la jodida el puto hule. Contéstenme, ¿de qué sirve becerrear si no has de tragarte la caliente leche que te hace más poderosa? La

otra vez estaba en una fiesta de locas, allá en Indecocity, donde por miles de años fui nada menos que la Emperatriz Dragón. Por sobre mí sólo estaba la Reina Madre, la Pancha, pero ya muy aplaudida para las necesidades de la Corte. Fui entrando al fiestón y amigos y enemigas se quedaron pasmados, paralizados, cimbrados por un rayo viviente que era su Emperatriz Dragón, con veinte kilos menos, pañal desechable evidentemente resaltando en sus likras, trastabillando con unos tacones ajenos y una mirada perdedora detrás de sus pupilentes verde-tiempo. Me rodearon las perras menores y me bramaron, me acribillaron con una cuestión que las desmadraba por la madrugada o en las crudotas de san lunes: dinos con quién te has acostado de nuestros maridos, dinos, infame, que queremos saber, qué será de nuestros hogares y nuestras posesiones, qué infamia si a una de nosotras, hermosas flamas nocturnas, *le diera el mal*. ¡Qué injusta eres, Emperatriz Dragón! Mi encabronamiento no fue por tan infortunadas y pendejas cuestiones, tampoco por la falta de decoro de las pinches podridas de mis súbditas, sino por la pérdida inminente de mi alta investidura. Es que para llegar a Emperatriz Dragón de Indecocity tú tendrías que partírtela desde los ocho años, más o menos, y acabar bajo los pesados hierros de tu carro, envuelta en las entropiernas de cinco chacales, mismos que ya te habían entregado su tierna pasión en la Playita. Porque ese es el principal don de una Jota Reina: preparar al mayate, educarlo desde que nace, formarlo a punta de cerveza, mota y orgías en su paso por la adolescencia, refinarle en el trato al puto, al pulpo, al pulmón. De esto y más podría darles cuenta, pero desde la volcadura en Gonzalitos, en mi volks del año, mi imperio fue cayéndose a pedazos. Primero la media docena de maridos, los más recientes se me fueron de las manos cuando les faltó el alimento de su reinita, el apapacho de su madre alcoholizada, la que les perdonaba todo, la que les conseguía las novias, la que les bautizaba a los críos, la que les arreglaba las broncas con las amantes y las suegras, la que deshacía los sortilegios de las brujas de San Jorge, la que les cortaba el pelo según Luis Miguel dictara las modas. Quién los llevará, papacitos, a la peregrinación al Santuario, a dar las mañanitas a la Morena del Tepeyac. Mis viejos, son lo que más me duele. Aquel mercado sexual, donde yo tasaba, ponía precio, dirigía las transacciones, se quedaba con lo mejor; todo se quedó entre los vidrios

inastillables del volks y un diagnóstico de “positivo” en un examen que yo nunca solicité. Y las culeras de mis comadres histéricas, el joterío aullando de rabia porque una puede morir de lo que sea, menos llamarle a la Pancha por teléfono una mañana de domingo y decirle a boca de jarro: “Perra, estoy infectada”, y la otra ver cerceñada su patética carrera de loca mañosa —a eso le llamo yo voltearse a los machines, que obvio sea dicho el asunto: no lo son tanto porque no hay borracho que trague camote—, oírla desmayarse y responder luego con un “ah, sí y oye, puta, qué has sabido de la nueva reina del Scorpio”. Y el mayaterío zumbando alrededor de la Pancha porque ella pepenaba lo que yo dejaba, y las mujeres de los mayates, las madres de las mujeres, las suegras, y el sacerdote y hasta las enfermeras del Centro de Salud, con sus lápices amarillos y sus formularios amarillentos donde según ellas tienen la clave administrativa para detener esta pendejada. La mamá de Pepe, un chile dulce de recién ingreso, arrastrando su dignidad y su vergüenza: “dime, Emperatriz, ¿te cogiste a mi bebé?, estás segura, por amor de Dios, dime que no fornicaron”. Nomás por su valor de perra madre, por su lobeiz, le dije lo que no quería escuchar, lo que no era cierto: la verdad. Con su chamaco sí me había puesto el hulito, nomás de pura casualidad porque ese día andaban las pirujas con la novedad de los condones fosforescentes. Yo luciérnaga que ilumina sus aposentos con el culo dichoso y juguetón. Y de pronto ya, que se acaba el runrún. Y mi madre pudo salir a gusto al mercado a sus compras, y yo a cortar pelo en mi estética “La tijera dorada”, y la gente se acostumbró a que Emperatriz tenía el mal y hasta salía en la tele diciéndolo, y la gente tan a gusto sabiéndose rodeada de la calamidad, de esa cosa que anda y no se sabe dónde anda. Porque me veo las venas, tan azules y tan pegadas al esqueleto y me digo dónde estás pinche bichito inmortal, cagador del palo del amor ahora que tanto lo necesitamos, voluntad de Dios en las alturas de su perrez suprema. Y la gente tan normal como en los noticieros de la guerra donde la gente anda paseando a sus bebés en las carriolas y nomás apresuran tantito el paso cuando cae un obús cerquita. Emperatriz hable y hable del mal y que cúidense cabrones y nada pasa, el puterío a todo lo que da mame y mame y metiéndose hasta lo que no, porque la verdad, nadie tiene, o ha tenido, o tendrá este enflaquecimiento, esta piel gruesa de costras, este chorrillo que se lleva al

drenaje toda nuestra hermosa belleza. Pus y dolor hasta la médula. Pero se vuelve uno invisible. Los demás me niegan con la luz de sus ojos. No, esto no existe, es invento de la televisión, de los gringos que al no tener más en que ocuparse andan creando demonios. La Emperatriz muere y su nobleza la abandona en el momento cúspide. Todas quieren la corona y luchan coléricas y se la arrebatan, perdiendo compostura y gracia. Las condesas abofeteando a las marquesas, principesas arrastran de las greñas a las equis. Trucos y chiches, postizos y pestañas quedan como reguero en la casa de la Chape, de la Pancha o del mecánico Juan. Silicones chorreados, costillas y tacones rotos, el caos se ha instaurado en este pujante territorio oriental. Los cabrones se dan entre sí. Ya no hay más decencia en mis dominios. Que esto sirva de ejemplo. De entre este desmadre yo saco la mejor parte: sentada en mi poltrona de realéza venida a menos, ficho al albañil del vecino que le apuntala un vaciado, a los cinco minutos de verlo, rodearlo, acosarlo con mis artes de jota milenaria. Ya lo ven en la sala de mi casa; mi madre, casi ciega, hilvana sus colchas de nunca jamás. La cabeza de marrano arrancando con famélico mordisco uno de mis pezones, mascando viva mi maldecida carne. Cabeza de marrano metiendo su áspera lengua en tu culo. Luego el empuje del semen rudo en los entresijos. Aquellas matándose por derribar mis estatuas de marfil y yo quedándome con la mejor parte del botín. Porque sigo siendo la dueña dama de estos campos, de cuanta bragueta cruza y se interna en sus callejones y baldíos. Señoras y señores, todo, a pesar de todo, se me acaba. Lo acepto, lo reconozco, prendida como voy de tubos y jeringas en esta puta ambulancia. Perdida en las pupilas agotadas de mi hermana, que de tanto verme morir ya no sabe ni qué es morir. Ahogado en diazepam, oxígeno y sábanas azules, amordazado por mi propia mierda en la boca porque el vómito no ha cedido desde las tres de la tarde. Comprendo que todo va quedando atrás, con la luz de esos mercuriales, con el ruido magnificado de los niños, perros, motores e intestinos humanos. La vida corre y pasa sin detenerse en mí. Soy un estorbo para la existencia, para la creación, para los planes de Dios en este sector de la galaxia. ¿Es la vida un litro de suero, una camilla zangoloteada por cien mil baches, un espacio de viento huracanado que transcurre debajo del chasis de esta jodida y pestilente camioneta? Eso es lo malo de este mal: uno nunca acaba

de despedirse. Apenas se va cerrando el telón después del último debut, después de la última hospitalización con sondas, aparatejos en la cabecera y enfermeros con cubrebocas y trajes de astronauta, sin esperárselo nadie (nadie es decir mucho; sólo mi hermana, un triste predicador de versículos apocalípticos que merodea en la sección de los enfermos terminales y una asistente siempre encabronada) se levanta de nuevo el cortinaje de este escenario y ¡tarán! Hete aquí sin más que representar que tres o cuatro kilos menos, nalgas ampolladas, llagas en la espalda y un páncreas peloteado. Va de nuez la esperanza: un paseo por la Alameda, un domingo de gatas y sardos, es mi mejor reconfortante, además de los calditos de pichón de doña Eulogia. Eso es lo malo de este mal sin nombre, de este mal indecible: dejás de dolerte hasta de ti mismo, dejás de aparecer en la nueva agenda de compañeros de trabajo y los doctores te miran con una familiaridad de zoológico. De mi madre y de mi Cabeza de Marrano no digo nada. Pero todas esas lobas al acecho, desde los visillos de sus guaridas, matándote a rumor pelado, a rumor batiente en la misma puerta de tu casa. Oiga, doña, que Emperatriz ya se pirró. Hasta mi madre ha entendido que es mejor morirse de una vez en lugar de andar dando tanto de qué hablar. Mi triste madre que no sabe cómo degustar cada instante de este suplicio en carne viva. Se bebe conmigo las babas y los ayes. Las lobas de Indeco son como todas las lobas del mundo. No me quejo, yo les pulí las garras y los caninos, eduqué su olfato y les vacié el último reducto de piedad. Son odio quintaescenciado, puro, brillante. Que me traguen viva las hijas de la chingada, pero que me trague alguien de una vez por todas. Que vayan a mi cama en Infectología, con su carita de ocasión y su tarjeta comprada en Sanborns, pero que vayan. Un enfermo ilumina —lo compruebo en el espejo— con luz cadavérica, pero luz al fin, el espacio que le rodea. Que se acerquen a mí los desalmados viejos de las treinta mil jotas. “¿Y, cómo has seguido, mana?” Y yo sin contestar nada, ojos pelones, secos, mudos porque les pesan los reflejos de todos los demás que murieron antes que yo, de los cinco putos que se cargó la jodida antes de que a mí, de los otros cinco que se lleva la chilla en las otras camas de esta sección, de los otros cincuenta mil que habrán de caer de sus hilos de plata, de sus camas empapadas en el sanguinolento sudor de los fiebrones. Este mal, digo yo, le da sólo a los pendejos. Bueno, al menos ese es mi

caso. Un pendejo que se quiso pasar de listo. Mi generación es de locas babosas. Cegadas por el destello de la lágrima dulce en la punta del casco nazi. Ahí se los dejo. Mediten hermanas de verga. Porque para sufrir nomás yo. Es decir, la carrera por el desastre más chingón comienza en este charco de sangre que ahora mancha los calcetones cuadrados de mi hermana. La ambulancia no se detiene y mi asco, mi infinito asco tampoco. Corren las apuestas, la sala de Yumiko, la jotona antiquísima y solitaria de Los Cedros, está llena de chacales y chichifos, algunos menores de edad, de esos que jalan por una tecate o un churro de mariguana. Canallas de todos los rumbos vienen a reblandecer las reatas de vez en cuando en rituales violentos y exclusivos. El judicial Soledad entrena a Camelia en su noche de debut, yo presido el acto solemne. Silencio en el mundo, sólo una bocina rasposa suelta una cumbia de la Sonora Dinamita, que no se oye tanto como el majestuoso grito de la Camelia con su culo de trece años desgarrado por Soledad y el borbótón de sangre enrojeciéndole las manazas. Una chichifa cobardona pide que perdonemos a la ensartada, que la desencajemos, pero es muy tarde porque yo, la Emperatriz dueña de la lujuria y del destino he ordenado que nada se modifique hasta que Soledad, el macho, termine y descanse como dicta la ley, sea esta cumplida por cada una de mis hijas, su sagrado deber para con el mayate. Tratan de despertar a la Camelia mientras yo limpio con la lengua la sangre, la leche y la mierda en el chile de mi macho. La Yumiko dice no reacciona la Camelia. Qué horror, morir cogida, digo yo y levanto la caguama para brindar con aquellos hombres horrorizados, con aquellos niños hipnotizados, con las jotillas que se despelucan y no ven lo que creen o no creen lo que piensan ver. La desbandada y los pinches putos mariconeando al punto de llamar a Seguridad Pública. Por Gonzalitos, por las cinco A.M., ya volaba yo en picada hacia Ruiz Cortines desde el paso a desnivel. Con un virus añejo, con cinco chacales trémulos y un cartón de cervezas en la cajuela. Ya mis venas están taponadas, no así mi cajón de recuerdos. Hace mucho calor adentro de esta perrera. Estaremos pasando frente a Hylsa, o es Soriana. Cada cual organiza su vida para llevársela a donde le pegue en su pinche gana. Me muero a los veinte, señoras y señores, me carga el chile siendo una estela de humo, una apariencia, un fantasma dentro de un espejismo, una loca en un mar de locas hin-

cadadas en los patios de Seguridad, mientras encuentran al asesino de Jaime Cortés Hernández, alias la Camelia. El mal es personal, singular, se amolda a uno y viene acabando en la punta de estas alas inmensas que de tan blancas no se pueden ver. Tengo el mal de todos, porque soy todos al mismo tiempo, el pecado de cada una de ustedes. ¿Eres homosexual?, me pregunta en su dialecto la señora de clase media que estudió algo de psicología mientras escribía poemas a su marido que gusta de ser cogido por los travestis del Suárez. No, le digo a la señora de clase media, sólo soy un macho al que le gustan los machos. Y la señora se va con el pensamiento a la Isla del Padre y toma fotos igualmente mentales de sus nietecitos que corren perseguidos por las olas grises de ese mar ojete. Me la viven poniendo fácil para ladrar. Finalmente le ha resultado todo sencillo a la Emperatriz Dragón, loca con la lengua tinta en la mierda y la sangre de su ahijadita Camelia. Si se me atraviesan escupo en sus blancos modelitos Benetton, soy joto y también tengo problemas como todas ustedes, perras pordioseras, del domingo en Liverpool. Porque más pronto que tarde estarán también nueve horas en la sala de emergencia del Universitario, tragándose su propia arcada, con su hermana al lado, acicalándoles las plumas de estas incómodas alas de ángel insobornable. La agonía purifica, repito, mientras un pasante de médico muy guapo me toma el pulso y define el cuentagotas donde a su vez se define mi vida. Soy loba de toda la vida, pero sin poder ser lo suficientemente cruel como este muchachito de bata blanca con un rostro sonrojado y saludable que no sabe y ha sabido jamás lo que es despertarse en medio de una laguna de diarrea. Su bondad es pura apariencia, porque la mía viene de una expiación vital, actualizada, enviada desde arriba, divina. Es cierto que cuando a uno lo borran de la libretita telefónica de alguien se aligeran las cosas, se ve el mundo desde otra perspectiva. Estar aquí, flanqueado por tripas, botones, pestilencia de asépticos, torundas de alcohol y carátulas de instrumental médico, sin el permiso de tu marido Cabeza de Marrano, se vuelve más cómodo sin tantos ojos tenaces que no te sueltan; sin tantos signos de admiración que te compran en lo que sea un pedacito de agonía santa. Y dan saltos de entusiasmo viéndote como te arrastras con la cabeza despeinada. En los últimos estentores de este vals de quince años que se llama "a usted le quedan sólo unos días de vida". El médico

guapo, metódico, calculadamente compungido viene y me da su mano, su asquerosa mano de chico buga y católico. Yo, hipócrita y dulce, agradecida y eróticamente excitada respondo a su apretón y por dentro de mí le digo chingas a toda tu rebomba. No se imaginen cosas, no se me adelanten, no me estoy muriendo. Después de esta crisis, lo sé después de una docena de situaciones similares, me he de levantar, cual cachonda Lázara, moveré rocas cual mi señor Jesús, y saldré al aire, a ese cochino y dulce aire que los castos y los impíos respiran cual la cosa más normal pero que después de una tuberculosis ya no es el mismo. Y me detendré en el balcón de mis memorias de moribunda, rozaré con mis yemas el filo de un fino ataúd de tres mil pesos, me sofocaré adrede entre alcatrazes o cualesquiera que se llamen las pinches flores de las muertas, y me diré a mí misma lo que sólo una diosa puede decirse en su devastador aburrimiento de siglos de eternidad: héme aquí y quiero un hombre para distraer mis altas labores de creadora de inmundicia. Vendrán por sí solas las horas de novicias, perfumadas hienas, jetonas vestidas, enamoradas lobillas, riatudas marquesas, mariguanas chichifas, volteadas barbudas, imperiosas chacalas, todos esos elegantes miembros de mi stirpe, de mi venenosa casta de bienaventurados jotos a besarme la frente y agradecerme el último aliento. Soy como una perrita en la llovizna y un tren me pasa encima.